

Clímaco Lupín y el secreto de las sandías gigantes

Albeiro Echavarría

loqueleg

A Magnolia Acevedo, por su gran corazón.

Donde Clímaco Lupín explica quién es, a qué se dedica y cuál es el asunto que se trae entre manos



Me llamo Clímaco Lupín, pero mis vecinos me conocen como *el raro del 703*. Ninguno de ellos sabe mi verdadera identidad. Los he logrado engañar mostrando una imagen que no corresponde a lo que realmente soy. Cuando bajo a

dejar a mis dos hijos en el bus del colegio, he oído que comentan a mi paso: “¡Qué horror!”. No lo hacen porque sea feo —digamos que soy *simpático*—, sino porque salgo a la calle en chancletas, medias de rombos que me llegan casi a la rodilla y pantaloneta tipo bóxer con estampados de caritas felices. ¿Que son feos los bóxers? Feos no: ¡horrorosos! Son la antítesis de la moda. Pero yo me siento muy cómodo con ellos. Me atengo a lo que dijo un día la gran editora de moda Diana Vreeland: “Un poco de mal gusto es como un toque de picante”.

Para completar mi descripción —mi engañosa descripción, ya que por razones de trabajo tengo varios rostros—, luzco un bigote muy bien administrado —falso, por supuesto— y unas patillas largas que, además de darme un toque retro, combinan muy bien con una silla de estilo colonial que heredé de mi tatarabuelo Jambal. ¡Ah! Por poco lo omito: tengo una prótesis en el ojo izquierdo, el cual perdí en un vergonzoso accidente cuando tenía quince

años de edad, tema sobre el que no voy entrar en detalles. Lo bueno es que la prótesis no se nota: la primera me la hizo un experto oculista ñapachicuteño; la segunda, bueno, lo sabrán cuando termine esta historia.

A eso le llamo tener personalidad. No soy de los que se atormentan por las habladurías de la gente. Todos deben aceptar que así soy yo, y no me importa que me llamen *el raro del 703*. Que mis vecinos no esperen que salga en la madrugada en traje de saco y corbata, como ejecutivo de empresa multinacional rumbo a una junta de negocios en Singapur. ¡Acostúmbrense a mi estilo, así les parezca horroroso!

Y en cuanto a lo que soy, o en lo que trabajo, que se imaginen de mí lo que quieran: que soy vendedor de seguros, pirata del Mediterráneo, dueño de funeraria, agente de la DEA o cantante de rancheras. Puedo ser todas esas personas, o ninguna. ¡Que lo decidan a cara y sello! Esa es la imagen que quiero proyectar. Lo importante es que tengo bien claro quién soy, a qué

me dedico y cuáles son mis verdaderos gustos. Un tipo como yo no va a andar revelando su verdadero oficio a los cuatro vientos.

12 Pero el hecho de que no me importe lo que digan los vecinos no significa que me haga el de la vista gorda ante lo que susurran cuando salgo del ascensor. Y un punto a mi favor: yo a ellos sí los conozco al dedillo. Sé quién es quién, a qué se dedican y cuáles son sus intenciones. En ese sentido, soy mejor que ellos. Me he vuelto un experto en el estudio del comportamiento humano: sé quién es de fiar y quién anda metido en algún embrollo. Me sé sus nombres, pero ellos no tienen ni idea del mío.

Nadie pensaría que yo, el de los espantosos bóxers, fuera lo que realmente soy: Clímaco Lupín, uno de los detectives más importantes del mundo. Con ciertos estereotipos: chapado a la antigua, amante de la vieja escuela y, en ocasiones, un poco ortodoxo. ¿Así no son todos los detectives? ¿No es así como los pintan en las novelas policiacas? Bueno, yo estoy en todo



mi derecho de pensar que en algo debo diferenciarme de esos detectives modernos —los nórdicos son los más famosos—, tataranietos de Sherlock Holmes, así solo sea en mi forma de vestir.

14 Un momento, por favor. Si hay algo en lo que ninguno de esos detectives nórdicos podría competir conmigo sería en la clase de asuntos que resuelvo. Definitivamente, no me interesa dar con el asesino de la anciana millonaria. Eso se lo dejo a ellos: a Rebecka Martinsson o a Lisbeth Salander. Incluso a los de la KGB, Scotland Yard o el FBI, y en el caso de Ñapachicute, a los escurridizos funcionarios del DAS, sigla del Departamento de Asuntos Sobrenaturales. Sí, no se extrañen: aquí en Ñapachicute ocurren tantas cosas raras que nadie quiere atribuirse nada, y para eso tienen un departamento que asigna a cada hecho un lugar en el vasto infinito de las cosas inexplicables, y que pasan a engrosar la larga lista de los asuntos sin resolver.

Sé que he podido parecerles algo exagerado, o demasiado engreído, no sé, pero como verán más adelante, soy todo lo contrario, y mi esperanza es que a medida que ustedes lean esta historia, vayan cambiando de opinión. Tal vez peque de optimista, pero me contentaría con que al final alguien, un lector, un admirador ocasional, un aspirante a investigador, dijera para sus adentros: “No sé qué voy a hacer cuando Clímaco Lupín cuelgue el sombrero y decida poner fin a su vida detectivesca”.

15

Aclaro que el sombrero lo uso solo en mi casa. Cuando llego de mis viajes lo encuentro siempre colgado del perchero, me lo pongo, y solo me lo quito cuando me voy a la cama o cuando estoy en el baño. Es una especie de nido de ideas que me saca de muchos apuros, sobre todo porque yo considero que la casa es el mejor lugar para resolver un misterio.

Pero vayamos al asunto que me ha llevado a poner en orden las ideas, a sentar cabeza y a desempolvar historias que estaban en peligro

de ser devoradas por las polillas, por los rayos del sol, o por la lluvia inclemente que a veces se cuele por entre las rendijas de mi garaje.

16 Hace poco me puse a revisar mis archivos y me di cuenta de que tenía un récord bastante envidiable: ¡he resuelto trescientos cuarenta y siete casos solo en mi país, Ñapachicute! No es por dármelas de importante, ni más faltaba, pero sin mí la policía de Ñapachicute sería un total desastre, y el estado ñapachicuteño ni siquiera podría funcionar. ¡No quiero imaginar el caos en que estaría sumido este país si yo no hubiera aparecido en escena! Los pillos estarían haciendo de las suyas, cenando como reyes, y no en la cárcel o en el destierro, como ocurre con los que he tenido la buena o la mala suerte de toparme, y los que gracias a mis buenos oficios han dejado de hacer fechorías.

En esa revisión de expedientes llegué a la conclusión de que tenía que contarles a los lectores algunas de las historias en las que me he visto involucrado. “¡Qué tristeza que la gente

no conozca la verdadera historia de este país!”, exclamé después de recordar algunos de mis casos más sobresalientes. Porque en esa infinidad de expedientes, que guardo en estricto orden alfabético en cajas de cartón, desfila toda la variedad humana, con sus miserias y sus grandezas.

A renglón seguido pensé que, por más emocionantes que fueran mis aventuras, nadie soportaría la lectura de trescientos cuarenta y siete libros escritos por Clímaco Lupín, aunque mi hija ya va en el libro treinta y cuatro de la saga *Los cazadores de zombis cuaternarios*, y pretende que le compre los otros quince que acaban de salir simultáneamente. Pero no. Yo no quiero ser como esos escritores que sacan libros en series infinitas, como rollos de papel higiénico. Uno no puede torturar a los lectores inyectándoles vida artificial a los personajes y creando situaciones ridículas para alargar la trama. ¡Qué falta de compasión! En algún momento hay que poner punto final

al asunto. ¿Y saben qué? Trece me parece un número perfecto.

18 Sí, señores, hoy tengo el placer de anunciar al mundo que, después de meditarlo mucho, he tomado la decisión de seleccionar trece casos para divulgarlos a la opinión pública; los trescientos treinta y cuatro restantes los mantendré como reserva, por si acaso los lectores se enloquecen por mis libros y me veo obligado a ceder a las presiones de mi editor.

Pero no lo tomen al pie de la letra: es posible que tenga que desaparecer por cuestiones de trabajo o porque me vea forzado a esconderme, puesto que muchos personajillos no van a estar contentos con que yo revele los secretos más íntimos de Ñapachicute y podrían buscar la forma de silenciarme.

De esos trece casos que seleccioné, el primero que pondré a su consideración es uno que tuvo gran resonancia en la historia de Ñapachicute y que me sacó del anonimato, poniéndome en la arena internacional al llevarme por

Bosconia, por Ortegón —ese desértico país que queda más allá de la cordillera Cantábrica—, y al traerme de regreso a Ñapachicute después de haber desenmascarado al verdadero culpable. Fue un asunto, como pronto lo verán, que involucró a un mentiroso empedernido, a un dios de la mitología, a un extraño ocularista y... Dejémoslo ahí: basta con decir que fue un caso con ribetes internacionales y con perfiles cantinflescos. A pesar de todo eso, fue un caso que cambió mi vida y la de muchas personas.

19

Hacia algunos años que había abandonado el periodismo, profesión a la que le debo mis dotes de sabueso, y ya era un investigador importante, cuando recibí una llamada de Petronio Carabalí, secretario privado de Marianita Valdez, presidenta de la república, a quien conocía desde mis tiempos en el noticiero.

—¿En qué líos anda ahora metida la presidenta? —le pregunté al secretario.

—Te has vuelto clarividente —dijo, y en ese momento se escuchó lo que en mi opinión

fue el estruendo de una jarra de vidrio al caer al suelo—. Por eso te llamo. Necesito hablar contigo ahora mismo.

—Estaré allá en dos horas —respondí, imaginando a Petronio en su sofá de cuero de vaca, con el celular en una mano y una tasa de tinto en la otra, viendo imágenes indecentes en el computador.

20

Después de la llamada, me bañé, me vestí lo mejor que pude, tendí la cama y me di una hora de siesta. Poco antes de la reunión, tomé la ruta 23 del tranvía que pasa frente a mi casa.

El secretario me estaba esperando en el salón de los Obeliscos. Tomaba café en un pocillo de porcelana, que acompañaba con panderos del Tolima, y miraba la pantalla del computador. Apenas me vio, se levantó de su asiento y me dio un fuerte apretón de mano.

Después de romper el hielo, tocando asuntos de poca monta, Petronio me lanzó la bomba, no sin antes advertirme que el asunto era estrictamente confidencial.

—¡Los de Ortegón están a punto de robarse la fórmula de las sandías gigantes! —exclamó, mientras una bocanada de aire proveniente de una ventana levantaba las cortinas hasta el techo—. Comprenderás, estimado Clímaco, que si eso llega a ocurrir, nos encontraremos ante una verdadera tragedia nacional, ¡un escándalo de proporciones cósmicas!

Lo miré sin decir nada, mientras intentaba asimilar la noticia. Petronio tenía tendencia a ser exagerado, pero si la fórmula de las sandías gigantes estaba en peligro de desaparecer, él estaba en todo su derecho de mostrarse preocupado. Mi fuerte no era la economía, pero hasta un niño en edad escolar sabía que Ñapachicute, el antiguo primer exportador de café del mundo, era el único país del planeta donde se cultivaba la sandía filibustiense, la sandía más grande del mundo.

Ocurrió que desde que la sandía empezó a cultivarse, gracias a una fórmula secreta que estaba en poder de la presidenta, muchos

campesinos abandonaron los cultivos tradicionales, como el café, el maíz y el plátano, y sembraron, bajo la estricta vigilancia del gobierno, la fruta mágica que estaba causando furor en el mundo entero y que generaba mayores ingresos que todos los cultivos combinados.

22 Al estar compuestas por más de un noventa por ciento de agua, las sandías filibustienses eran la salvación para muchos países donde se habían secado las corrientes de agua por culpa del calentamiento global. Cada sandía era más grande que un camión y Ñapachicute las exportaba para calmar la sed de los habitantes del mundo. Lo que sobraba, la pulpa, se procesaba para elaborar un sinfín de medicamentos y complementos nutritivos.

La presidenta, por mandato constitucional, no podía compartir el secreto de la fórmula —se especulaba que era un engendro transgénico producido en un laboratorio— porque, gracias a esas sandías, el país se había vuelto inmensamente rico. Tanto así que a Ñapachicute

le decían el Dubái de las Américas, en referencia a ese país árabe donde el petróleo ha creado millonarios que coleccionan aviones cinco estrellas, carros con latonería de oro y edificios que atraviesan las nubes.

La presidenta de Ñapachicute era guardiana de la fórmula, y no compartía el secreto ni con su esposo, so pena de ser acusada de alta traición a la patria. Pero espías de otros países ya habían hecho intentos para robarse la fórmula. Hacía un año había sido noticia el caso de la embajadora de Ortegón que había entrado a los aposentos privados de la presidenta con el ánimo de robarse el secreto más protegido de la nación. Si no hubiera sido por la mucama, que entró en ese momento llevando una bandeja con unos pastelitos de hojaldre, ya el país habría regresado a cosechar café.

Lo que Petronio me estaba encomendando era que evitara a toda costa que la fórmula cayera en manos de alguna potencia extranjera. En otras palabras, que fuera hasta Ortegón, el

país conspirador, y evitara que los planes de sus gobernantes se hicieran realidad. Los espías abundaban por aquellos días, y ya se había comprobado que en Ortegón estaban urdiendo un poderoso plan para lograr su objetivo. Un mes antes la Fuerza Aérea había derribado un dron orteguniense que habían descubierto cuando tomaba fotos del palacio de gobierno.

La presidencia, según la promesa de Petro, ponía a mi disposición todos los recursos necesarios para descubrir los planes y dejar en evidencia a los conspiradores ante la comunidad internacional. Y de los honorarios ni se diga: el gobierno me iba a pagar un inmenso dineral si mis pesquisas eran exitosas. Y si no también, porque el mero anticipo me daba para retirarme a pescar ilusiones en el mar Egeo durante el resto de mis días.

Pero eso no era mi estilo. Yo no aceptaba anticipos por mi trabajo. Solo cobraba cuando había resuelto el asunto. Y más en este caso, cuando lo que estaba en juego era el bienestar

de mis compatriotas. Porque yo tenía claro que si otros países empezaban a cultivar las sandías gigantes, el país volvería a ser tan pobre como lo fue en épocas de ingrata recordación, cuando la gente no usaba ni siquiera zapatos y las niguas les desfiguraban los pies.

En menos de ocho días me encontraba en el desértico país de Ortegón, ubicado más allá de la cordillera cantábrica, a cientos de kilómetros de los montes siberianos y a miles de kilómetros de Ñapachicute.

De cómo Oliverio le hizo creer a todo el mundo que había sido el héroe de la batalla de Portecanón

Al llegar a Ortegón, pude ver la triste realidad de un país que hacía mucho tiempo se había quedado sin agua. Los treinta y cinco ríos que antes discurrían por valles placenteros y matorrales quejumbrosos se habían secado en su totalidad. Semejante tragedia se originó porque la gente acabó con los bosques para convertirlos en pastizales para las vacas. ¡Craso error! También se acabó el agua para las vacas, y entonces Ortegón se quedó sin el pan y sin el queso.

Desde que ocurrió tal desgracia, los ortuñeros empezaron a importar el agua, al igual que lo hacían con las camisas y los juguetes que traían de China. Pero como llegó el momento

en que China cerró sus exportaciones de agua, los gobernantes de Ortegón no tuvieron otra opción que poner sus ojos en nuestro país, Ñapachicute, ubicado al otro lado del océano, famoso en otros tiempos por su excelso café, y ahora por sus sandías gigantes.

28 Ya lo sabía por las noticias que divulgaban las redes sociales, pero al llegar a Ortegón también pude confirmar que en ese país reinaba la deshonestidad. Con solo poner un ejemplo bastará para ilustrar este asunto: construyeron un puente de cinco kilómetros para atravesar un río que no existía, y el dinero, que salió de los impuestos de la gente, fue a dar a los bolsillos de los constructores, los intermediarios y los gobernantes.

La otra afición de su gente era la diversión sin límites. Vivían de fiesta en fiesta. Se hacían grandes bacanales, como en los tiempos esplendorosos del Imperio romano, pues se suponía que el mundo se iba a acabar y que había que dar rienda suelta a los placeres.

Para acceder a los altos círculos de Ortegón me hice pasar por un francés, monsieur Pierre Deneuve, experto en objetos artísticos del antiguo Egipto. De esa manera hice amigos en poco tiempo, y fui invitado permanente a las grandes fiestas que, de verdad, parecían cosa del fin del mundo.

Precisamente en una de esas fiestas conocí a Oliverio Corado. El hombre era parte del *jet-set* de Ortegón y se codeaba con los personajes más selectos de la realeza europea. Pero lo más sorprendente de todo, y que por supuesto lo que activó todas mis alarmas, y propició mi acercamiento, fue que el tal Oliverio era compatriota mío. O sea, que el hombre era de Ñapachicute. Por algo se dice que los ñapachicutienses somos como una plaga: uno de los nuestros tiene instalado un montallantas en el Everest; otro, un restaurante especializado en frijoladas en el desierto del Sahara. Y si viajan a Egipto, allí encontrarán a un ñapachicutiense vendiendo sandalias al pie de

la pirámide de Keops. Y conste que solo cito algunos casos.

30 Al principio pensé que a Oliverio lo invitaban a esas fiestas para tener de quién reírse; una especie de bufón de corte. Y es que el hombre vestía peor que yo cuando llevo a los niños al bus: pantalón a media pierna, medias rosadas hasta la rodilla, camisa blanca con cuello de boleros y un parche color zapote en el ojo izquierdo; además, llevaba siempre una peluca blanca con bucles que se estiraban al capricho del viento como guirnaldas de Navidad. Es decir, parecía un artesano de la época de Luis XIV.

Pero ¿con qué autoridad podía criticar a Oliverio? En este punto, debería más bien simpatizarme. Yo también era excéntrico al vestir, y ¡carecía de un ojo! Pero resulta que yo lo hacía por el bien de todos: para ocultar el hecho de que era detective privado y para confundir a las personas, quienes al verme así seguramente se imaginaban que yo era un simple pelele de mal gusto.

Desde el momento en que lo conocí, sospeché que Oliverio debía estar ocultando algo. No era normal que un ñapachicutiense se hiciera famoso entre gente de tan alta alcurnia del Viejo Continente, porque los de allá siempre nos habían mirado por encima del hombro. Era el único país que no habíamos conquistado con nuestro ingenio. ¿Cómo podía ser posible que ese tal Oliverio fuera un personaje de tanto renombre allí donde ni los vendedores de minutos ñapachicutienses habían puesto un pie?

31

Pronto averigüé —en la fiesta a la que hago alusión— algo más desconcertante aún: nuestro Oliverio no era cualquier cazafortunas como yo imaginaba; el rey Sanardo, que en esos momentos estaba de viaje, le había conferido el título de conde por un acto heroico. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿A razón de qué?

Yo sabía muy bien que nada podía distraerme de mi objetivo principal que era llegar hasta los círculos del poder donde se estaba cocinando la conspiración contra mi país en la que

se pretendía robar la fórmula de las sandías gigantes. Pero pronto capté que lo que me tenía inquieto no era la buena suerte de Oliverio sino la utilidad que yo podría sacar de todo aquello en cuanto a la misión que se me había encomendado.

32 Me acerqué entonces a Oliverio, me presenté y entablé conversación con él.

Una de mis fortalezas es que hablo a la perfección cuatro idiomas, y el francés es uno de mis preferidos. Mi dirigí a Oliverio con frases cortas, y en un castellano con marcado acento.

—Es un honor para mí conocer al famoso conde Corado —dije con una reverencia—. Noticias han llegado a Francia de su popularidad.

—¿De verdad? —dijo, y de inmediato identifiqué su acento de ñapachicutiense del centro del país—. ¿De verdad se habla de mí en Francia?

—Así es —dije tomándolo del brazo e invitándolo a mi mesa—; no se habla de otra cosa que del gran ñapachicutiense que ha logrado



granjearse la amistad del rey Sanardo de Ortegón gracias a sus memorables hazañas. Y ahora que tengo el gusto de conocerlo, quiero decirle que me muero por escuchar de su propia voz la narración de esa gesta heroica que le ha valido tan justo reconocimiento.

34 Oliverio se acomodó sus bucles, me miró como si yo fuera su abuelo, tomó un sorbo de agua y lanzó una mirada de desprecio hacia el resto de la sala.

—¿Y a qué se debe su interés en mí? —preguntó como un ratón husmeando el queso.

—Me gusta conocer a mis futuros clientes —dije muy serio—. Solo un conde puede llegar a interesarse en el arte milenario del antiguo Egipto.

—Es verdad —dijo mordiendo el anzuelo—, yo aprecio mucho el arte. Y hasta podría usted ayudarme a conseguir un sarcófago egipcio, si eso es lo que me está insinuando. Pero antes le aclaro una cosa: ya no soy ñapachicutiense porque me otorgaron la nacionalidad ortegonense.

Ahora sí: ¿qué le puedo contar de mí? Pues que soy considerado el héroe de Portecanón. Lo que hice ya está en los libros de historia, y eso es tan importante como el título que el rey me ha conferido.

—Sí, ya me habían dicho que, además de conde, es usted un héroe de la nación —dije, disimulando la rabia que sentí cuando Oliverio negó a su propia patria—. Pero, por favor, cuénteme cómo sucedió todo; me muero de ansiedad por escucharlo de sus propios labios.

—Lástima que no pueda contarle todos los detalles porque me requieren en otros lugares del salón. Usted comprenderá que cuando vengo a estos eventos no tengo tiempo ni para mí mismo.

—Lo comprendo. Usted es todo un personaje. Me basta con una versión resumida de su gesta heroica.

Y entonces, en pocas palabras, Oliverio me contó que su gran fortuna fue haber estado el día preciso en el lugar correcto, es decir, el día

en que la armada de Ortegón se enfrentó a los acorazados holandeses cerca de la isla de Portecanón, en aguas filipinas. Oliverio, que viajaba de incógnito en el barco, se había atravesado en la trayectoria de una bala que iba directo a la cabeza del famoso Parménides, jefe de la armada real ortugueña. Oliverio le salvó la vida al general, pero perdió el ojo izquierdo. Tal demostración de valentía tenía que merecer un premio de igual o mayores proporciones. De ese modo, una vez concluidas las hostilidades, el rey Sanardo le confirió a Oliverio el título de conde.

Apenas Oliverio terminó el breve relato, se despidió de mí como si temiera que le hiciera una nueva pregunta, y salió a grandes pasos hacia una de las mesas del fondo del salón.

Fue en ese momento cuando se me acercó Eufemia Capriles, una reportera española de pelo negro, lentes gruesos, nariz aguileña y mirada recelosa. Nos habíamos hecho amigos en una de tantas fiestas, y ahora nos teníamos

mucha confianza. Por supuesto que eso es un decir, porque ella desconocía mi verdadera identidad. Eufemia trabajaba para el *Oculistic*, un periódico en línea especializado en secretos de la realeza.

—Monsieur Deneuve, de casualidad escuché su conversación con el conde y creo conveniente compartir con usted información que poseo —dijo mi amiga—. No me lo ha pedido, y perdone mi intromisión, pero es que no me parece justo que personas como usted, a quienes la edad y la experiencia han premiado con la sabiduría, sean engañadas por este tipo de farsantes.

—¿Dice usted, querida amiga, que el conde Corado es un farsante?

—No solo es un farsante, sino también un mentiroso enfermizo. El mitómano más desvergonzado que he conocido.



—¿Acaso no es el héroe de Portecanón?
¿No fue por eso por lo que le dieron el título de conde?

—Mire, mi estimado monsieur Pierre De-neuve: la verdad sale a relucir tarde o temprano. No se lo había dicho para no parecer pretenciosa, pero yo soy hija de Parménides, el verdadero héroe de esa batalla.

—¿Usted, la hija de Parménides? —interrumpí—. ¡Qué grata sorpresa! ¡Y qué honor ser amigo de la hija de uno de los grandes héroes de este país!

—Es así, y créame cuando le digo que conozco una historia bien diferente de ese hombre, Oliverio Corado, al que todos en Ortegón le hacen la venia como si fuera un príncipe de cuento de hadas.

—Sí, es cierto que las apariencias engañan —dije, mientras pensaba que yo me hacía pasar por experto en arte egipcio cuando en realidad era un detective privado—. Pero me cuesta

